

El obispo,
servidor de los laicos

Victorio Oliver Domingo
Obispo de Orihuela-Alicante

Diócesis de Orihuela-Alicante

Primera edición: mayo, 2003.

© Victorio Oliver Domingo, 2002.

© de la presente edición: Obispado de Orihuela-Alicante.

Plaza de la Montañeta, 7 03001 Alicante.

Diseño y maquetación: Servicio de Publicaciones del Obispado.

Imprime: Imprenta Mollá. Alicante.

Índice

<i>SALUDO</i>	5
<i>PRESENTACIÓN</i>	7
1. AL PRINCIPIO ERA LA COMUNIÓN.....	9
2. EL SERVICIO QUE EL OBISPO PRESTA A LOS LAICOS	15
<i>El servicio de la profecía: Laico, eres la Iglesia</i>	16
<i>La formación: Se puso a enseñarles</i>	20
<i>El servicio de la dirección y de la comunión.</i>	
Muchos miembros: un solo cuerpo.....	22
<i>El servicio de la santificación:</i>	
Como mi Padre. Hasta la talla de Cristo.....	24
<i>El servicio de la esperanza: Hemos renacido a la esperanza</i>	26
3. LOS LAICOS Y EL OBISPO. UN BRINDIS POR LOS LAICOS	28

Saludo

Saludo con afecto a D. Elías. Cumple veinticinco años de servicio incansable a esta Iglesia de Zaragoza y celebra en esta comunidad cincuenta años de sacerdocio, generosamente vivido. Lo acompañé en su entrada a esta Diócesis; hacía pocos meses había llegado yo a Tarazona. El encuentro de hoy me hace recordar cursos convividos en Roma. Entonces, conversando por los pasillos del Altemps, mirábamos hacia delante. Hoy son largos años de historia escrita, sobre todo, por el Espíritu, y con la letra limpia de D. Elías.

Este recuerdo se mezcla con mi oración, para agradecer al Señor la vida entregada y fiel de D. Elías. Mis palabras, esta tarde, expresan la valoración, con él compartida, del apostolado seglar. D. Elías –puedo afirmarlo con claridad– ha sido, por eso, un extraordinario y convencido servidor de los laicos. Por supuesto, no sólo de los laicos. Pero sí lo ha hecho en medida abundante, con constancia y coraje, con clarividencia. Observar su sacerdocio y su ministerio episcopal, en la presidencia de la Conferencia

Episcopal, también, y sobre todo, en la Comisión de Apostolado Seglar, es poner vida, su vida, al texto de mi charla.

He empezado saludando a D. Elías. Os saludo a todos, hermanos sacerdotes y consiliarios, amigos y conocidos de Zaragoza, y a todos vosotros, militantes laicos asociados en Movimientos Apostólicos, y responsables en tareas evangelizadoras necesarias de la comunidad.

*Y me vais a permitir que, venido de lejos, salude con cariño a la Virgen, Santa María del Pilar. «A ti me arri-
mo», tengo escrito en una imagen
suya en mi despacho. Un año, en su
fiesta, el Espíritu Santo me ungió
obispo y a Ella tengo encomendado mi
ministerio.*

*Y, gracias a ti, Alfonso, buen
hermano, que me invitaste y pro-
pusiste acompañaros en la memoria
agradecida y necesaria de D. Elías. Y
contigo, recuerdo a los miembros de
la comisión que habéis preparado con
tanta ilusión y acierto estas celebra-
ciones.*

Presentación

El obispo y los laicos. Es una comunión fecunda, que rompe la soledad y el monólogo; que reconstruye con vigor los primeros momentos misioneros de la Iglesia; que desbarata la confusión y establece el orden, porque, «nuestro Dios, dice S. Pablo a los corintios, no es un Dios de confusión, sino de paz» (1 Cor 14,33; LG 32,1; comunión orgánica ChL 20), que hace visible la Iglesia de Jesús. «Me gusta esta expresión y la creo justa», escribe el P. Congar. La expresión es ésta: «la pareja sacerdocio-laicado». «La idea de una especie de matrimonio entre un obispo y su pueblo, entre un párroco y su parroquia, es una idea tradicional» (*Si sois mis testigos*, pág. 78).

El tema, que se me propuso, habla de servicio. El servicio es un medio extraordinario de establecer la comunión del obispo con los laicos (cf. LG32 c).

Así es. Porque el servicio une estrechamente. Jesús, el Señor, presenta su Encarnación y su vida en la tierra como un servicio. Salió del Padre y realizó su impresionante recorrido hasta nosotros y fue «para servir». Por este servicio se anudó con fuerza a nuestra historia. La empujó hacia la meta final, y lo hizo ocupando el último lugar. El servidor de todos.

Es el encargo que nos dejó: «Que sea vuestro servidor» quien sea puesto como responsable. Porque «no ha de ser así entre vosotros», les dijo a los Apóstoles (cf. Mc 10), cuando la envidia les llevó a discutir de prioridades.

Celebré la confirmación en una pedanía de Orihuela. Como ocurre muchas veces, al final de la Eucaristía, se entregó a los ya confirmados un recuerdo de este día importante. En este caso, el recuerdo fue original. Me impresionó y los jóvenes lo entendieron bien. El sacerdote presentó una pila de toallas blancas. Ése fue el recuerdo: una toalla para cada uno. La alusión era clara. Había lavado el Señor los pies, uno por uno, a los

Apóstoles. Los lavó y se los secó con una toalla. Se levantó. Y, desde aquel momento, Él puso en nuestras manos la palangana con agua y la toalla: «¡Haced lo mismo!». -Y, ¡cuánto se puede hacer con una toalla!

He preparado un sencillo esquema para esta conversación fraterna. Es éste: Me ha hecho bien recordar los primeros tiempos, en una lectura cálida del Libro de los Hechos y de los escritos apostólicos. En un segundo momento explicito algunos servicios del obispo a los laicos. Y, por último, aunque no se me ha sugerido por la comisión, quiero terminar invitando a los laicos a mirar al obispo, y brindo por ellos.

1

Al principio era la comunión

Para hablaros del *obispo, servidor de los laicos*, he querido acercarme a los primeros momentos de la Iglesia. ¿Cómo fue al principio? Es obligado y provechoso hacer el viaje a los orígenes. Por supuesto he visto a los Apóstoles reconocidos por la comunidad, impulsores de la misión, memoria viva del Señor Jesús.

Es cierto que en las páginas del Nuevo Testamento en ninguna línea aparece la palabra «laico». Es término inusado. Pero en la historia de las primeras comunidades, sin ser recordados con este nombre, viven con espontaneidad los laicos y escriben páginas espléndidas. Remontaos hasta la fuente. Bebed esa agua transparente. Abrid el cuenco de vuestras dos manos y dejaos sorprender en el rostro y en el alma por el frescor del manantial del Espíritu en aquellos primeros momentos.

-Aparece con fuerza el sentido de la comunidad. Es una comunidad enriquecida de carismas y dones y en ella se reclama el orden y la comunión. El laico no plantea problemas en las relaciones con los Apóstoles. Eran tiempos de profunda sensibilidad eclesial y misionera, alimentada por el Espíritu Santo, sin duda con dificultades serias y crisis agudas. Pero la fuerte separación, que posteriormente llegará a ser «oposición» entre los laicos y clérigos-obispos, de ningún modo se vislumbra. Sino que la comunidad entera siente que es enviada al mundo. Delante de ella tiene abierto el mapamundi, un mundo entero al que evangelizar. El adjetivo «entero» es de Jesús (cf. Mc 16,15).

Veremos en primer lugar la comunidad; una comunidad enriquecida y ordenada: los laicos poseían carismas y servicios. Y era la comunidad toda, con sus pastores y responsables, la que salía incansablemente a la misión. Me hace recordar, hasta el detalle, el esquema de la *Lumen Gentium* en los cuatro primeros capítulos. La Iglesia, misterio de comunión y de misión, es hoy el pueblo nuevo de Dios.

- 1.1. *Al principio era la comunión.* Me refiero al principio, a los primeros pasos de la Iglesia. San Pedro no puede contener la emoción. «Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz, a vosotros que en un tiempo erais no pueblo y que ahora sois Pueblo de Dios» (1 Pe 2,9-10).

El Señor Jesús, convocando a judíos y gentiles para que se unieran en el Espíritu, hizo nacer el nuevo Pueblo de Dios (cf. LG 9,32b; 1 Pe 2,5-10). Rompió el muro y acortó todas las distancias (Ef 2).

Este pueblo tiene, como dato interior de identidad de cada uno de sus miembros, al Espíritu. San Pablo lo afirma así: «El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece» (Rm 8,9; Hch 19, 1-7; Jn 3.5). Y positivamente dice: «Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios» (Rm 8,14; 1 Cor 3,16; 16,19).

Pero, además, como el Espíritu ungió a Cristo para la misión, también el Espíritu consagra a la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios, para la misión, y se sabe enviada, toda entera, para anunciar la Buena Noticia, que es Jesucristo (cf. LG 8).

La Iglesia, cuerpo vivo, animado por el Espíritu, que es como su alma, es el nuevo pueblo. Esta novedad afecta a todos los cristianos (cf. ChL 10). La condición es, por tanto, común y propia sólo de ellos. Este nuevo pueblo, como vemos, es enviado al mundo y con él ha de establecer relaciones de salvación (cf. LG 30).

- 1.2. Recordemos el testimonio espléndido de una comunidad paulina: Corinto. En Corinto nació un grupo nuevo de hombres y mujeres entre los estibadores de sus dos puertos. Me fijo en los aspectos positivos.

La novedad en Corinto es aquella comunidad. Pero la novedad no seca y agosta la variedad (ChL 20). Es una comunidad efervescente. En ella bullían los carismas y los servicios, las funciones y responsabilidades. En cada

uno, afirma S. Pablo, se da la manifestación particular del Espíritu, eso sí, para utilidad del bien común, para la edificación de la comunidad (cf. Rm 12,4-5; 1 Cor 12; LG 32,1).

Al enumerar los carismas, S. Pablo recuerda con insistencia que los «fundamentos» de la Iglesia son los Apóstoles, en primer lugar; pero también reconoce, con gratitud, la tarea y misión de los «dirigentes y responsables», y menciona a los profetas, a los maestros, a los «milagros», dice él, a los que tienen el don de curar (cf. 1 Cor 12).

Produce gozo que S. Pablo reconozca carismas y dones en los laicos, porque afirma que «a cada uno se le ha dado la manifestación del Espíritu». Todo cristiano es carismático (cf. ChL 24 c; AA 3). Los fieles poseen el Espíritu. Repite S. Pablo que entre los dones existe la unidad, reclamada por el Espíritu, urgida por el carisma mayor, que es el amor, y regulada por el ministerio y servicio de los Apóstoles.

En Corinto aparece con claridad acentuada la relación intensa de todo el pueblo, ungido por el Espíritu, y el mundo y la sociedad a la que la comunidad es enviada. Y se desprenden, como digo, dos notas: la comunidad *unida*, que se presenta, a la vez, como *alternativa* de forma de vivir.

«Habitan su tierra, pero como inquilinos; son ciudadanos que comparten sus bienes con los demás y lo soportan todo, como peregrinos; cualquiera región extraña es su patria y su propia patria les es extraña... Viven en la tierra, pero habitan en el cielo. Obedecen las leyes, pero con su modo de vivir las superan. [...] Lo que el alma es en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo». Resulta emocionante leer este testimonio del siglo II. Está en la carta llamada «A Diogneto» (cf. LG, 38). El Señor hablaba de ser «fermento, sal y levadura» (cf. LG 31,2).

1.3. Vengamos a ejemplos concretos y a nombres propios.

Encabezo la lista con un matrimonio extraordinario, misionero de pies a cabeza: Aquila y Priscila (cf. Hch 18; Rm 16,3; ChL 35b). Otro es Apolo, el buen orador. A ellos los alaba sin reparos San Pablo. Impresiona la larga lista de casi treinta nombres del capítulo 16 de la carta a los Romanos. Sin duda, muchos son laicos y laicas (Flp 4,2-2; Col 4,15; 1 Cor 2,5; 1 Tim 5,16; ChL 49). Y conocemos el nombre de la primera cristiana europea. Se llamaba Lidia.

Se nos ofrece, además, el precioso testimonio de la vida sencilla y fraterna de la comunidad. San Pablo los llama con frecuencia «colaboradores», compañeros de prisión, queridos. No eran pasivos los laicos. El sujeto de la evangelización no eran sólo los obispos y sacerdotes. Era la Iglesia (cf. Flp 4,3; Rm 16,3; LG 30).

Los siglos II y III dieron seculares de categoría excepcional. San Justino, filósofo y mártir, que entre otras cosas afirma que en todo hombre existe una semilla del Logos. Lactancio, Panteno y Orígenes, que luego fue ordenado sacerdote.

Obispos y laicos caminaban estrechamente unidos. Mutuamente se servían. Porque había una imperiosa tarea que realizar: evangelizar. Sentían la urgencia de hacerse presentes en una sociedad adversa. La discusión y rivalidad no era entre obispos y laicos. La unidad era anterior a la diversidad necesaria. «Cada uno según el don recibido», ésa era la norma de vida. Vivían la comunión. Todos edificaban la Iglesia. Era el mundo pagano, perseguidor y hostil, al que había que ofrecer el mensaje salvador de Jesús y la novedad de vida, que nacía de la fe y del amor. Es la Iglesia, en su totalidad, la que es «madre».

- 1.4. Quiero omitir una larga época, de muchos siglos, en la que los laicos perdieron la voz o se les quitó, y quedaron relegados. A veces fueron llamados incluso «adversarios» de los clérigos y de los obispos. En el siglo XIII llegó a

escribirse: «... es un hecho bien conocido que los laicos han sido siempre los enemigos de los clérigos» (Bonifacio VIII. *Clericis laicos*. 31 julio 1297).

Pero hoy vuelve a despertar el laicado. Y ha de despertar más. Y éste ha sido un espléndido servicio de los obispos. Fue el Papa Pío XI, quien soñó y diseñó la Acción Católica. Y muchos Papas y obispos la extendieron y mantuvieron. Y fue el extraordinario servicio del Concilio, que ha escrito páginas luminosas sobre los laicos. Precisamente en el decreto sobre las misiones se llega a afirmar que la adultez responsable de los laicos da la medida de la implantación y el arraigo de la Iglesia en un lugar, porque «la Iglesia no está verdaderamente fundada, ni vive plenamente, ni es signo perfecto de Cristo entre los hombres, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede quedar profundamente grabado en las mentes, la vida y el trabajo de un pueblo, sin la presencia activa de los laicos. Por ello, ya desde la fundación de la Iglesia se ha de atender, sobre todo, a la constitución de un laicado cristiano maduro» (AG 21). Y, en línea diametralmente opuesta a lo que hemos leído del siglo XIII, el Decreto *Apostolicam Actuositatem* afirma: «En las comunidades eclesiales su acción es tan necesaria que sin ella el apostolado de los pastores no puede obtener, en la mayoría de las veces, su plena eficacia» (AA 10 a). El propio Código de Derecho Canónico ha reconocido los derechos y los deberes de los laicos. Y leemos la carta magna que ha escrito, para la Iglesia entera, el Papa Juan Pablo II, *Christifideles laici*.

La situación del mundo actual, que se «paganiza», nos ha hecho volver a las fuentes. La nueva sociedad secular y posmoderna nos hace tomar conciencia de ser la comunidad unida por el Espíritu y enviada por Él, de modo permanente, al mundo. Es la Iglesia al servicio del Evangelio y de la familia humana. Emerge la Iglesia.

«Todos» es una palabra que se repite con insisten-

cia en *-Los Cristianos laicos, Iglesia en el mundo*. «Todos» lo afirma el Papa (ChL 55); y todos lo reclama el Concilio. «Todos están destinados por el mismo Señor, a través del bautismo y la confirmación. El apostolado de los laicos es una participación en la misión salvadora de la misma Iglesia» (LG 33b; 37d; AA 2 a).

2

El servicio que el obispo presta a los laicos

En las páginas, que he leído, he recordado la situación que vivió la primera comunidad y quiero pensar que hoy así lo vivimos, o hemos de vivirlo. Los Apóstoles eran y son «fundamento», recuerdo vivo del Señor, vigilantes de la comunidad, impulsores del encargo misionero de Jesús. Servidor de la Iglesia, se llama S. Pablo (Col 1,24-25). Era su servicio hondo y dio como resultado que la comunidad entera fuera misionera y así lo viviera.

Debo subrayar este servicio hoy y entre nosotros. Ponerle nombres, y declarar que éste es el talante del obispo, diseñado por Jesús. Así -pensó el Señor al obispo. Y, por supuesto, servidor de los laicos.

En primer lugar, el Concilio no duda en llamar al obispo «servidor». Y es normal y coherente que así lo haga. Y no es algo accidental o resultado ético de buena voluntad. El encargo de ser pastor, confiado por el Señor, es un verdadero *servicio*. En la Escritura se le llama *diaconía* (cf. LG 24; Hch 1,17.25; 21,19; Rm 11,13; 1 Tim 1,12; CD 16a). Se trata de un oficio permanente: «Están puestos al servicio de los hermanos» (LG 18), y, más en concreto, al servicio también de los laicos: «Los Pastores de la Iglesia, siguiendo el ejemplo del Señor, pónganse al servicio los unos de los otros y de los demás fieles» (LG 32c). Es una afirmación dentro del capítulo, en que el Concilio habla de los laicos.

Dejadme evocar, como lo hace el Concilio, el fundamento de este «oficio de servidores». La raíz es el ejemplo impresionante, enteramente original del Señor, servidor de todos. Cristo instauró en la Iglesia un desconcertante estilo de autoridad. Sus palabras son claras y reiterativas, como era tozuda y tenaz la actitud corta de los Apóstoles. «No así entre vosotros», sigue ahora resonando entre nosotros. Es la norma nueva, creada y patentada por Jesús. La escribo y recuerdo, y me siento interpelado ante vosotros.

Pero las palabras del Señor tienen la fuerza irrevocable de su testimonio. «Entre vosotros estoy como el que sirve», y se ciñó la toalla todos los días. Todo el que se aproxima a Cristo con sinceridad participa de su oficio de servidor, de siervo. Así lo vivió Santa María, la primera creyente. Y éste fue el talante de Pablo y de los primeros misioneros.

Sin duda esta norma expresa el grado mayor de la *libertad*. Es una realidad: sólo los libres sirven. Para servir hace falta ser libre, de modo que la libertad da la medida del servicio.

Este servicio, al estilo de Jesús, además de libre, es *fraterno*. «Al servicio de los hermanos» (LG 18). Y es curioso. La relación del laico con el obispo ha de ser también fraterna. «Los laicos han de tener como hermanos a los obispos, del mismo modo que tienen a Cristo, como hermano» (LG 32 d). Otro dato que se desprende del Evangelio es servir *de cerca*, estar cercano y en medio, compartiendo el camino, el calor o la lluvia. Como hace el pastor. Y finalmente, el servicio lleva con frecuencia la marca de la cruz y de la entrega. Que a eso alude también la imitación del pastor.

Ahora os presento algunos servicios que el obispo ofrece a los laicos.

El servicio de la profecía: Laico, eres la Iglesia.

Jesús fue el «profeta del Padre», el gran Profeta del Padre (cf. LG 35 a). Los -Apóstoles, misioneros enviados, eran verdaderos profetas de Jesús. Habrá también en la Iglesia laicos profetas (cf. LG 35 a).

- La palabra del obispo, en Nombre de Jesús, os habla, recuerda y reconoce la grandeza de vuestra vocación. Lo que os hace revivir esta palabra es que vuestra vocación viene del Señor. Vuestro nombre lo pronuncia Jesús. Sólo Él tiene el poder original de llamar. Sin duda

en vuestra vida ha existido una mediación. Pero entre Cristo, el Señor, y el laico existe una relación de inmediatez. Estáis consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu (LG 34,6), lo llamáis hermano (LG 32d); estáis pegados a Él, como el sarmiento a la cepa (cf. Jn 15, 5; AA 4; AA 3) Vuestra relación honda y fundamental es con Cristo. En Él habéis creído. A Él seguís (cf. ChL 2,3, ver Concilio, AA).

En el Concilio, del que recojo tantas ideas fecundas y actuales, los obispos afirmaron que es Cristo mismo quien os envía a la misión. Es el mismo Señor el que os destina al apostolado (AA 3); en virtud del bautismo y de la confirmación (LG 33b). La vocación es siempre para la misión. Y es a Cristo, en primer lugar, a quien el laico da cuenta de si ha cumplido la misión.

- El servicio profético del obispo os recuerda también que hoy día hay momentos y circunstancias en las que sólo, por medio de los laicos, los demás hombres podrán oír el Evangelio y conocer a Cristo. «Si la Iglesia quiere desempeñar la misión que tiene respecto al mundo, escribía el P. Congar, debe dirigirse más que nunca a los laicos. Pío XI repetía que la Acción Católica, acción de los laicos, es la respuesta a la laicización del mundo. Verdaderamente nuestra hora es la de los laicos» (Congar, *Si sois mis testigos*, Pág. 76).

Sois testigos e instrumentos vivos de la misión de la Iglesia, según la medida del don de Cristo (Ef 4,7) «en lugares y circunstancias donde ella no puede llegar a ser sal de la tierra sino a través de ellos» (LG 33b; *Catecismo Romano 900*).

Se presentó la Acción Católica como «participación en el apostolado jerárquico de la Iglesia». Hoy se os recuerda que participáis en la misma misión salvífica de la Iglesia (LG 33b) y es tarea a la que todos estáis destinados (Ib.). Y también se afirma que, además de este apostolado, de diversas maneras, podéis ser lla-

mados a cooperar más directamente con el apostolado de la Jerarquía (cf. LG 33c; AA), que el Concilio llama «mandato». Y habría que mencionar los *ministerios laicales* de los que habla el mismo Concilio (SC 29.35. 112.122; ChD 27; AA 17.15). A la Acción Católica se le da también el nombre de «cierta ministerialidad» (AG 15; cf. también: EN 73; ChL 21-23. *Inmensae caritatis* (1973); CIC 910.943).

- Por eso os decimos también los obispos, que la nueva evangelización, tan apremiada por el Papa (cf. ChL 34), y en última instancia por el Espíritu, «o la hacéis los laicos, o no se hará» (cf. CLIM, 148). «En un mundo secular los laicos —hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos— son los nuevos samaritanos, protagonistas de la nueva evangelización, con el Espíritu Santo, que se les ha dado» (Ibídem, 148; cf. LG 33b. *Catecismo Romano* 900).

Escuchad además estas palabras del Papa Juan Pablo II: «He aquí al fiel laico, lanzado en las fronteras de la historia: la familia, la cultura, el mundo del trabajo, los bienes económicos, la política, la ciencia, la técnica, la comunicación social, los grandes problemas de la vida, de la solidaridad, de la paz, de la ética profesional, de los derechos de la persona humana, de la educación, de la libertad religiosa» (Homilía conclusiva del Sínodo de 1987, n.º 7; citado en CLIM, 43).

Y la palabra del obispo, que en muchas ocasiones reclamáis y otras veces os exhorta, esa palabra os alerta, os alienta, es también para repetiros, como resumen, que vuestros derechos y deberes en la vida de la comunidad y en la presencia dentro del mundo y en la sociedad nacen de vuestro bautismo y confirmación (cf. LG 33b; AA 3; ChL 22c; 23 a b).

- Así se concluye que los laicos sois Iglesia. No sólo pertenecéis a la Iglesia, sino que sois Iglesia. «Los fieles, y

con más precisión los laicos, se hallan en la vanguardia de la vida de la Iglesia; gracias a ellos, la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Ellos, por consiguiente, y sobre todo, deben tener una conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia» (Pío XII, Discurso a los Cardenales, 20 feb. 1946). Estas afirmaciones expresadas son del Papa Pío XII, y las ha recogido el Papa Juan Pablo II -en ChL, n.º 9 (cf. CLIM, 24).

Estáis viendo el horizonte conocido y nuevo, de siempre y enteramente actual, que os corresponde. Un servicio del obispo es afianzaros en el reconocimiento de vuestra dignidad y de vuestra vocación extraordinaria. «Cristiano, conoce tu dignidad», escribía S. León Magno. Y S. Agustín exclamaba con admiración: «Alegrémonos y demos gracias: hemos sido hechos no solamente cristianos, sino Cristo... Pasmaos y alegraos: ¡hemos sido hechos Cristo! (cf. ChL 17).

- Y, por último, el servicio profético es, sin duda, ir advirtiéndole a los laicos que es hora de vigilancia. ¿Dónde están los laicos comprometidos? ¿Dónde en el mundo obrero o entre los jóvenes o en el mundo de la cultura? ¿Nos replegamos en nuestra propia finca, a veces bien amueblada y confortante?

Recuerdo que los primeros cristianos, aunque había algunos dormidos (cf. Rm 13,11-12), no conocían el complejo, tenían audacia, pensaban siempre en salir y caminar. Es cierto que, para ello, se reunían asiduamente, participaban en la enseñanza de los Apóstoles, y también en la oración y en la Eucaristía (cf. Hch 2,42-46). Eran «bien vistos» (Hch 2, 47; 4,33), se les veía donde se reunían las personas, no vivían siempre a la sombra del templo, porque no había templos.

Porque vosotros mismos sois «profetas» y participáis de la misión profética de Cristo (LG 35 a). Y vosotros mismos tenéis el deber de manifestar a los pastores

vuestra opinión sobre todo aquello que pertenece al bien de la Iglesia, dice el mismo Código de Derecho Canónico (c 212, 3; cf. LG 37c; CD 16b). De tal modo que vosotros mismos participáis de la misión profética de Cristo (cf. LG 35 a).

La formación: Se puso a enseñarles

Dentro del ministerio de la profecía, el servicio del obispo a los laicos se expresa en la formación (CD 12). En *Los Cristianos laicos, Iglesia en el mundo* escribimos los obispos que la formación de los laicos es una prioridad de máxima urgencia para toda la Iglesia, y no sólo como tema de interés único para ellos. Es más, el colofón de la carta del Papa termina con el capítulo dedicado a la formación y en esas páginas se presenta este servicio del obispo. Concreta el Concilio que los laicos tienen derecho a recibir de sus pastores abundantemente los bienes espirituales de la Iglesia sobre todo la Palabra de Dios y los sacramentos (cf. LG 37 a).

Cuando se ponen apelativos para esta formación, se habla de importancia, de urgencia y de necesidad. He hablado de urgencia y necesidad. Porque la sociedad tantas veces no es portadora de la fe, ni lo es hoy, como en otros tiempos, la misma familia. Hay, además, intentos serios, en no dejar pensar. No hay tiempo para pensar. Un servicio, por eso, es ofrecer el pensamiento cristiano; hoy plenamente original y válido.

Se pone, además, el horizonte en hacer crecer y madurar de modo permanente la fe; una formación que enseñe a unificar la vida; desde la vocación a la santidad hasta el testimonio en ambientes hostiles, y se pasa por unir ser miembro de la Iglesia y de la sociedad civil; ser solidario y contemplativo; vivir en el mundo sin ser del mundo (cf. LG 36d). El Papa Juan XXIII sancionó también como método formativo la revisión de vida, en la MM, 236, porque el laico tantas veces se forma en la acción (cf. AA 4c).

Cuando se confecciona, por otra parte, la lista de lagunas

en la formación aparece, por supuesto, la falta del conocimiento de Cristo y de la Iglesia, misterio, comunión y misión, la carencia de una formación que incluya la dimensión social de la fe y la Doctrina Social de la Iglesia, como también la ruptura entre la fe y la cultura (*Mensaje del Sínodo de los obispos*, n.º 10. 27.10.01).

El servicio del obispo es doble: que en el Seminario y entre los sacerdotes se profundice en la vocación del laicado y que los laicos tengan oportunidad de una formación continua, reclamada también por las necesidades actuales y por una cultura envolvente, cambiante.

Y la mente se va también hacia los que están fuera de casa y a los que, muchas veces, sólo por medio de los laicos se acercará el mensaje de Jesús, pronunciado en un lenguaje inteligible.

Recordaba al Señor, cuando escribía estas líneas. Mandó a los Apóstoles a enseñar. El dijo que era Maestro, es más, el único maestro. Su vida enseñaba y enseñaba su palabra. En el monte sentado se puso a enseñar. O lo hizo desde una barca, que cabeceaba, porque la gente se agolpaba. Por el camino enseñaba. O mirando al cielo, cuando atardecía. A veces era a solas; muchas, en las plazas. Hablaba del Padre, y nos enseñó también el valor y la dignidad del hombre. Enseñó a rezar, a mirar, a acoger y comprender a convivir la cizaña y el trigo. Enseñó con ejemplos y con discursos. Decía que los sencillos lo entendían. Animaba, perdonaba, exigía. Confiaba.

El obispo ha de prestar este servicio, que da principios (AA 24) y se hace -iluminación y alumbrá; que calienta para tener «armas», con que dar respuesta.

Y también el servicio de la formación exige cercanía. Cercanía de los problemas, que atormentan o nublan; cercanía de las personas, que escuchan. Jesús formaba desde la cercanía.

El servicio de la dirección y de la comunión. Muchos miembros: Un solo cuerpo

De muchas maneras puede entenderse y realizarse este servicio y ministerio que el obispo presta a los laicos.

Partamos de unos hechos conocidos y disculpad si son especialmente oscuros. En primer lugar el apostolado seglar está excesivamente troceado. Hay parcelas más que campos abiertos. Y, además, existen barreras, y vallas. Los cotos privados abundan. Los Movimientos y Asociaciones no siempre se conocen entre sí y a veces mantienen actitudes hostiles, de rivalidad y competencia. Hay atomización y carencia de un proyecto compartido. Se mira al grupo y desde el grupo. Las siglas crecen. Y los protagonismos, que crean dispersión. Pesa con exceso el particularismo.

Por otra parte, existe la realidad o la tentación de la desafección eclesial. Menos veces, de la Iglesia Universal, pero no es infrecuente el desconocimiento, el desafecto hacia la Iglesia particular, diocesana. Crecen grupos en la Diócesis, que no tienen conciencia de ser de la Diócesis, o poseen una conciencia débil o frágil de pertenencia a ella.

Puede existir también la tentación de modelar una acertada planificación y una excelente organización, junto con una heladora conciencia eclesial, como insinúa D. Elías hablando de la Sma. Trinidad (pág. 119).

El obispo presta el servicio de la unidad en la diversidad (ChD 17). Es dueño el Espíritu para suscitar e inundar de carismas la Iglesia y su vida. Esta actividad del Espíritu tendrá siempre la querencia de la comunión y de la unidad que el obispo discierne. Porque el Espíritu siempre anuda. La ruptura lleva el sello del pecado.

Es eclesiología de comunión la idea central de los documentos del Concilio (cf. ChL 19). Y cabeza visible de la comunión en la Iglesia particular es el obispo (cf. CD 17). Y con el obispo el gran acontecimiento de la Comunidad Diocesana (CD 11; ChL 25cd; AA 10). Y es justo valorar sin reservas el crecimiento y el amor hondo de muchos laicos a su Diócesis e Iglesia madre. Y cómo le vivís en la Parroquia. Porque la comunidad parroquial, vuestra «fuente de la plaza» os une al Obispo (ChL 27-28).

Es verdad que la comunión eclesial, junto a nuestro esfuerzo diario, amasado de diálogo, de servicio, de mansedumbre, de perdón y acogida, de colaboración, de fraternidad y

sacrificio, esta comunión es, sobre todo, don del Espíritu. Es don que cada día hemos de pedir. Dirá el Papa Juan Pablo II que «la conciencia de este don debe ir acompañada de un fuerte sentido de responsabilidad, como enseña la parábola de los talentos» (Mt 25, 14-30; ChL 31).

Cada grupo, asociación o movimiento apostólico, para vivir la comunión sin errar, ha de recorrer el camino hacia el obispo. «Nada sin el obispo» repetía S. Ignacio de Antioquia. Y éste es el carisma del obispo: servir a la comunión. Es decir, discernir, quitar vallas y rellenar zanjas, llamar a la Eucaristía, para que emerja la comunidad sobre el protagonismo particularista enervante. Y crezca la corresponsabilidad, que se expresa y ejerce en el Consejo Parroquial y Diocesano, como signo espléndido eclesial.

Es más. Según el mandato de Jesús, no será posible la misión, si no arranca de la comunión, de la mesa de la Eucaristía. El servicio de la comunión, que ofrece el obispo, rompe la soledad, hace el camino compartido, da sentido al esfuerzo y lo fecunda, y empuja a la misión.

El obispo está sirviendo al laicado con la Eucaristía, como veremos. Esta comunión misionera se vive sobre todo en el apostolado asociado fuertemente impulsado por el Concilio, que encomienda al Obispo que llame a la Acción Católica (AA 20; ChL 31; CLIM 95).

Hay otros servicios del obispo a los laicos desde la dirección y comunión. Servicios que enumero sin ampliar.

El servicio de acompañar: «Dios ha tenido tiempo para el hombre» (K. Barth). El obispo tiene tiempo para los laicos. Acompañar es compartir y alentar desde cerca. Acompañar fue tarea de Jesús, también después de resucitar.

El servicio de convocar: Que eso significa «iglesia». Llamar a todos, de todos los rincones. El servicio de ordenar el ejercicio del apostolado. Y abrir caminos en todas partes (LG 33 d) y vigilar, como pastor.

El servicio de oír y de escuchar, porque así lo necesita: escuchar a los laicos, como hermanos (NMI 45.2); escuchar en los Consejos Diocesanos.

El Servicio de la santificación: Como mi Padre. Hasta la talla de Cristo.

Hay un modo repetido de llamar a la comunidad cristiana y a sus miembros. Ese nombre es «los santos».

El Concilio hace una proclama encendida a la santidad universal. Ha sacado la santidad del recinto exclusivo de los claustros. Jesús la hace nota de su Iglesia. «Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: “Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación” .» (1 Tes 4,3; cf. Ef 1,4; LG 39).

San Pablo exhorta a vivir como conviene a los santos (Ef 5,3); y llama a los creyentes «elegidos de Dios, santos y amados», que se revisten de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia y paciencia (cf. Col 3,12). Es una llamada clara a todos los fieles, en cualquier estado o condición (LG 40 b).

Por eso también el Papa, al abrir el nuevo milenio, propone el camino de la santidad, como tarea recordada, como meta no rebajada, como situación adherida a todo creyente, como proyecto trazado por Dios mismo, que nos llamó a ser santos e irreprochables por el amor (cf. Ef 1). «Sed perfectos, como el Padre», dijo Jesús (Mt 5,48).

Os digo que, con el Evangelio, es la aportación más original del cristiano a la sociedad. «Para construir el mundo nos bastamos los humanos». Para auparlo a la cima de nuestras aspiraciones más profundas, necesitamos la ayuda y el poder de Dios, que despliega en los santos (cf. Olegario G. de Cardenal, pag 56).

¿En qué está el servicio del obispo?

El obispo está puesto al servicio de la comunidad, que celebra los sacramentos. Ellos hacen nacer, de los pecadores que somos, la comunidad de los santos. En los sacramentos actúa Cristo mismo y ejerce su poder salvador. Jesucristo es la fuente de agua viva, de la Vida.

El obispo asegura la vida sacramental, que da fuerza a los cristianos para asumir los imperativos y compromisos que la historia les pide junto con los demás hombres. Porque en el corazón del mundo, sobre todo, el laico responde a la llamada a la santidad. Y tiene, por eso, su propio modo de espiritualidad.

El obispo garantiza a la comunidad y a los fieles la Eucaristía (CD 11,15b; AA 3a), que es el Misterio Pascual y como condensación de toda la vida de Jesús. Y de la Eucaristía nace la Iglesia y de ella fluyen los demás sacramentos. «La Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda la acción evangelizadora» (PO 5 b), y es a la vez fuente de toda santificación.

Y el servicio que presta además el obispo, por la fuerza del Espíritu, es engendrar ministros de la Eucaristía y de los sacramentos. Sacerdotes, que en los Movimientos serán vuestros consiliarios, y párrocos y vicarios en las comunidades.

Es difícil de expresar. Pero es el servicio más original del obispo. Por voluntad de Cristo, sin el obispo no existe la Eucaristía.

Entendéis que escribiros esto me produce asombro y temor. Pero es el mayor servicio que os ofrece el obispo. Vosotros iréis a la Eucaristía. La necesitáis. Es la fuerza para vuestra santificación, pero también para la misión y evangelización. La Eucaristía es misionera y os coloca en el corazón del mundo, para que lo consagréis con vuestra vida a Dios. Repasad las páginas del Concilio y descubriréis, como es obvio, la presencia activa y permanente de la Eucaristía.

Así el obispo ofrece, además, el servicio de la trascendencia; el horizonte de la meta, la actitud de la fidelidad. Porque han de crecer en santidad y lo hacen a través de su trabajo y de sus actividades. El taller, el hogar, la oficina son templos y altares (cf. LG 36 b).

El servicio de la esperanza: Hemos renacido a la esperanza

El último Sínodo de los obispos ha presentado y subraya-

do al obispo, como servidor -del Evangelio de la esperanza. Un servicio hoy especialmente necesario. Estamos siendo seriamente asediados. Tenemos la esperanza a prueba. Es virtud difícil. La tentación es desentenderse. O la tentación de amoldarnos al sentir y al valorar, según baremos sociales aceptados, sutilmente introducidos entre nosotros.

Se tienta también la esperanza, cuando se recurre a apoyos no evangélicos. Fue, anteriormente, el mensaje de los profetas, cuando la dura etapa del destierro. «Tened calma y esperad», decían los mismos profetas. Se nos llama a vivir la fuerza de los medios evangélicos. Nuestra fuerza es el Nombre del Señor. Y estamos sintiendo llamadas fuertes a vivir «pobres, ante el Padre, como Jesús, en su plegaria, sus palabras y sus actos. Pobres con María, en la memoria de las maravillas de Dios» (Sínodo, Mensaje final, n.º 15).

El obispo siente muchas veces su pobreza y sus limitaciones, a veces, numerosas. Pero debe mantener la esperanza de los hermanos, ahora hablo de los laicos. Y les decimos que dar testimonio de Jesús y del Evangelio en el mundo es su vocación originaria, nada fácil, como no es fácil rellenar el foso que separa la fe y la cultura en el mundo de hoy. Alentar su esperanza en el compromiso familiar, social, cultural y político, o en el campo de los medios, en la preservación de la creación, en los areópagos, que el Papa llama «modernos».

Es más, nuestro servicio es animar a unir fuerzas en un apostolado vertebrado y organizado, que esté en primera línea de la lucha por la verdad, la justicia y la solidaridad, que da esperanza a este mundo, y le da sentido (cf. *Ibidem*, 24).

El Señor nos conduce. Es tiempo de gracia. Hay luz en el dolor y en lo que también cuesta. San Pablo habla de cristianos «armados». La esperanza nos la dan nuestras armas: San Pablo las llama «las armas de Dios» (Ef 6,10.13): la fe es yelmo, el yelmo de la salvación. La espada es el Espíritu y la Palabra de Dios (cf. Ef 6,16.17); son las armas de la luz (Rm 13,12). Y con estas pinceladas se describe la permanente actitud del también creyente. En los Movimientos los llamamos «militantes», como

califica el catecismo a la Iglesia en el estadio en que ahora vivimos.

El obispo, en el Nombre del Señor, os habla de esperanza. Somos servidores de la esperanza para vosotros. Y a todos os pedimos: No escondáis la esperanza. Dejad que empuje vuestra vida. Porque la fuerza y el coraje es el Nombre del Señor (cf. LG 35 a).

La esperanza necesita acompañamiento, que el obispo os ofrece.

He esbozado cinco servicios del obispo a los laicos.

Los laicos y el obispo. Un brindis por los laicos

«**B**áculo» llama S. Juan Crisóstomo a los laicos. «Báculo del obispo» (Congar, *Si sois mis testigos*, pág. 110). Vosotros reforzáis también la esperanza del obispo. El Papa habla de «primavera de la Iglesia». Es un parte meteorológico lleno de audacia, cuando el viento que sopla es el cierzo, y es potente; cuando las nubes son muchas veces plomizas y descargan lodo.

A pesar de todo, o por eso, es primavera. Los creyentes aprenden de Abrahán a esperar contra toda esperanza. Y esa esperanza la empuja también el Espíritu por vosotros los laicos, «báculo del obispo».

Termino, pues, mi charla con un brindis. Lo pronuncié hace algún año para la Iglesia de Orihuela-Alicante. Hoy, retocado y revisado, lo manifiesto ante vosotros:

- Empiezo por vosotros los *sacerdotes*. Uno de nuestros empeños primeros, por encima de otros, para dar respuesta a la evangelización nueva, es que los sacerdotes demos un tiempo ilusionado y paciente a la promoción de laicos militantes, presentes en la comunidad y presentes en la vida pública.

Esta promoción requiere una formación seria, integradora e integral, progresiva y permanente, que abarca su espiritualidad laical, el conocimiento de la fe y con frecuencia -el conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia. Es tiempo de dedicarnos a los laicos. Éste es el momento que vivimos. Sin el sacerdote, queda truncado hoy cualquier intento serio de promoción de laicos. Y no es por una realidad sociológica de falsa inseguridad del laico, sino por un principio teológico que afirma que la Iglesia se hace plenamente, cuando conviven el sacerdote, el laico y la vida consagrada.

Son fecundos los tiempos en que los sacerdotes se dedican con empeño a formar laicos adultos, responsables, militantes, también a los jóvenes y a los niños. Y salen ganando la Iglesia, la evangelización y la sociedad.

Soy consciente de que para realizar este empeño providencial, los sacerdotes hemos de cambiar esquemas y preferencias, y hemos de formarnos. Formarnos para formarles. Y para acompañarles. Acompañar al laico fue y es una vocación generosa y fructífera. Acompañarlos en su formación y, sobre todo, estar cerca de ellos, cuando se toman en serio su presencia transformadora, que tantos riesgos comporta. Todos los capítulos del CLIM terminan mirando al sacerdote.

No temáis los sacerdotes. Si la primavera hoy, en gran medida, la marcan los laicos, es también nuestra primavera. La hora de los laicos marca la hora exacta de los sacerdotes. Pongamos en hora nuestro reloj. Escuchad lo que dice PDV (n.º3) :

Los mismos laicos habían pedido la dedicación de los sacerdotes a su formación, para ser ayudados oportunamente en el cumplimiento de su misión eclesial. Y en realidad, «cuanto más se desarrolla el apostolado de los laicos, tanto más fuertemente se percibe la necesidad de contar con sacerdotes bien formados, sacerdotes santos... Cuanto más se profun-

diza el sentido de la vocación propia -de los laicos, más se evidencia lo que es propio del sacerdocio».

Espero también que así lo veáis los *religiosos y religiosas*. Muchas de vuestras obras las descargáis hoy sobre los laicos. La penuria de vocaciones os ha forzado a ello. Pero junto a esta imperiosa necesidad, quiero descubrir una acción providencial y una llamada del Espíritu. Deseamos que seáis más en número. Sentimos con vosotros y vosotras que estén casi vacíos los noviciados. Ayudándoos, -nos ayudamos, porque necesitamos vuestro testimonio fraterno, claro y radical. Dedaos a dárnoslo. Y estáis comprobando cómo los laicos os hacen redescubrir la frescura de vuestras fuentes y la limpieza de vuestros carismas.

Para comprobarlo os invito a leer los números 54 a 56 de *Vita consecrata*. Entresaco un par de párrafos: «Se puede decir que se ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado. Estos nuevos caminos de comunión y de colaboración merecen ser alentados por diversos motivos...»

«No es raro que la participación de los laicos lleve a descubrir inesperadas y fecundas implicaciones de algunos aspectos del carisma, suscitando una interpretación más espiritual e impulsando a encontrar válidas indicaciones para nuevos dinamismos apostólicos» (*Vita Consecrata*, n. 54.55).

Una cosa me atrevo a pedir a los religiosos y religiosas: Formad a los laicos, cercanos a vosotros, para la Iglesia Diocesana. Dadles a conocer esta realidad, que es «sacramento» de Dios. No os contentéis con estar en la Diócesis. Sed de la Diócesis de Zaragoza. El momento presente pide la comunión sin reservas. Os digo que saldréis ganando. Y con esta perspectiva se escriben páginas claras en *Vita Consecrata* (cfr. n.º 48 y ss), además del *Mutuae relationes*.

Y de la vocación de los laicos y del impulso de la consagración participáis los Institutos Seculares. No os será difícil alentar de cerca, como lo hacéis, la misión de los laicos.

- Y cuando hablo de evangelizar, confío, por último, en vosotros, los *laicos*. Brindo por vosotros. Brindar quiere decir que veo una apuesta del Espíritu por vosotros, para relanzar la evangelización, para llenar de alegría, de ilusión, de esperanza esta Iglesia Diocesana con vuestra responsabilidad.

Vosotros, que aceleráis la primavera del Espíritu, sois signo suyo, cuando vivís la comunión fecunda y no el partidismo enervante.

Sois signo del Espíritu, porque os escondéis como levadura fértil en cualquier realidad humana, como tierra santa, desde la que el Espíritu os llama y en la que os planta.

Sois signo del Espíritu, porque traéis a la comunidad el dolor de la humanidad y a ésta lleváis, en nombre de Jesús, el mensaje divino de humanidad, que posee la Iglesia.

Sois signo, porque de vosotros, que amáis a la Iglesia, saldrán con toda seguridad vocaciones para la vida religiosa y para el seminario.

Sois ya un signo, porque estáis presentes en el centro de la ciudad, pero también en los barrios -y en el arrabal y lo hacéis con dosis impresionantes de esfuerzo, de gratuidad, de gozo y de generosidad. «Porque lo que necesita el cristianismo, cuando es odiado por el mundo, no son palabras persuasivas, sino grandeza de alma» (S. Ignacio de Antioquia, a los Romanos, Lunes de la Cristo semana TO).

Pensando en vosotros, comprendo que es tiempo de primavera, no soñada, sino real. «Despierta tú que duermes», decía San Pablo (Ef 5,14) y deja que te dé en la cara la luz de Cristo. «Reconoced el momento

que vivís, que ya es hora de despertar del sueño» (Rm 13,11).

Dejad la siesta. «No hay lugar para el ocio, tanto es el trabajo» (ChL 3). «Id también vosotros a mi viña», que es esta Iglesia, que es Aragón.

Zaragoza, 22, junio, 2002.

